65

LEOPOLDO DE LUIS

ELEGIA en OTOÑO

COLECCIÓN NEBLÍ

MADRID

3
6
140/65

A José Luis Cano,
con la admiración y
el abrazo leal de

Leopoldo

Madrid
29-XII-52

7

COLECCIÓN

NEBLÍ

16 cm.
R-95605

Leopoldo de Luis

ELEGIA EN OTOÑO

BIBLIOTECA
José Luis Cano

MADRID

Al cuidado de

RAFAEL MILLÁN
FELIPE GARCÍA IBÁÑEZ
JUAN-GERMÁN SCHRODER

Dibujos de
ENRIQUE NÚÑEZ-CASTELO

Diciembre de 1952

I

(Tiempo de Otoño)

LAS hojas del Otoño flotan sobre tu brisa
y caen en el estanque solitario del alma.
Un dolor de ser otros parece que nos pesa
como unas rotas alas.
(Acaso nunca el hombre es él mismo.) Escucha-
la voz honda del tiempo, la palabra [mos
del tiempo que en los labios cobrizos del Otoño
pone su dejo antiguo, su amarillez, y pasa.
Escuchamos el tiempo pasar: es un rebaño
invisible que pisa por la hierba mojada;
es una larga ronda de vientos tañedores
entre las flautas rojas de las ramas;
es una herida queja de líquidos metales
por fugitivos corazones de agua.
Escuchamos el tiempo y apretamos los párpados
y sentimos el tiempo en nuestras lágrimas.

El Otoño que arde con su lumbre de gloria
presta a las cosas luz misteriosa y dorada;
toda la tierra tiene una triste hermosura
como una dulce evocación de infancia.
También Otoño el corazón nos dora
y sus hondos presagios nos enciende en el alma,
y nos sentimos tiempo transitando, fundida
nuestra amarilla cera en las hermosas brasas.
Caminamos pisando un corazón de hojas.
Pisando lentamente una esperanza.
Y miramos al cielo. Y abatimos la frente.
Y decimos: —Mañana.

II

(Otoño. Vida)

SI de repente nos volvemos
hacia nosotros, ya no estamos.
Somos perpetua y triste huída
en el tiempo, sobre los años.
¿Ves el Otoño? Bebe ríos
secos y rojos del verano
y lleva dentro un fuego antiguo
de viejos sueños olvidados.

Somos de Otoño. Sólo Otoño
en el sabor de nuestros labios.
Todo se vuelve al fin Otoño
de arena triste en nuestras manos.
El estío de nuestra sangre
nos hace Otoño siempre, acaso.

Ya donde ayer la luz solía
no la sentimos. Van lejanos
los imposibles manantiales
en lo remoto, van sonando
trenes que pasan sin regreso
por amarillos y hondos campos.

Viene el Otoño. Tristes árboles
en tus ojos. Heridos pájaros
por un octubre de memorias,
de tibia sangre dejan rastro.

Y vivir se nos hace esto:
Otoño al fin, sobre los párpados.
Nos ha cubierto lentamente
un como tenue polvo claro,
una ceniza de septiembre.
Y el fuego lejos.
Ya no estamos.

III

(La esperanza)

NOS nace la esperanza como un ala,
como el ala florida del almendro.
No podemos volar porque en la tierra
algo nos ata como al tronco viejo.

Nos nace la esperanza, y se hace marzo
la dura luz de enero.
Y algo nos ata a la sombría tierra,
y un noviembre nos ciega de silencio.

Y vamos con un ala solamente.
Nos sentimos vivir como si fuéramos
distintos de nosotros. Nos miramos
vivir en pálidos espejos,
y es como contemplar la lenta lluvia
desde la habitación honda del sueño:
líquidas sombras de nosotros pasan
y en el cristal golpea un triste dedo.

Nos nace la esperanza. La sentimos
como si fuera un aletazo dentro.
Nos preguntamos: ¿dónde? Y nos contesta
el frío pájaro del tiempo.
Se hace marzo. Escuchamos. Nos responde
un sonido de otoño, como un eco.
Hacia el otoño esparce un soplo triste
la arena en que se borra lo que éramos

Un sabor a distancia, y el antiguo
metal, y el golpe en el cristal de un dedo.

Y hay que pararse y recoger el llanto.
Y hay que olvidar, y comenzar de nuevo.
Y pararse y mirar y ver de dónde
nos sopla de la vida el viento.

IV

(Tránsito)

COMO la muda música del tiempo
suena tu paso próximo. Resbala
tu sombra cual los días en fluyente
transitar por mis surcos, como un agua.

Flotamos en el tiempo, en el continuo
ir del río. Nos lleva. Nos desgasta
lentamente. Nos suena honda en el pecho
la rota frialdad de su cascada.

Fuimos de abril. Teníamos
una luz inefable, como un ala.
Flor o pájaro o nombre
del amor, en el sueño y en la rama.

Fuimos también de mayo. Dulcemente
el mirar como un fruto se doraba
de presagios. Madura y entreabierta
la fresca pulpa en que el besar se abrasa.

El estío nos hizo arena ardiente,
carne encendida de besada playa
donde blancos caballos como espuma
por la sangre de agosto se avalanzan.

Como cuerpos de otoño nos amamos
bajo la luz dulcísima y dorada
y sentimos el cobre de noviembre
de hermosura sonar en nuestras almas.

Cuánto diciembre acude, cuánto enero
cerca el amor, la vida, la esperanza.
Por la nieve tus pasos cómo suenan
a rosas deshojadas.

Somos de tiempo. Soledad y tiempo
nos vuelven sombra y nada.

V

(Encuentro)

COMO había pasado el tiempo
penosamente nos miramos.
¿Qué dejo triste en las pupilas
pone el sonido de los años?
Estamos cerca tantas veces
y sólo un día nos hallamos
inesperadamente, como
al regresar de un viaje largo.
(Tú no tenías antes esa
oscura luz entre los párpados.
No reclinaba por tu frente
su surco el sueño antes, acaso.)
Pasa la vida entre nosotros
como la luna entre los álamos:
apenas nieva la penumbra
dolorosa en la que soñamos.
Sólo una tarde inesperada
la vida se hace sobresalto
y descubrimos que es el fuego
lo que sostienen nuestras manos.
Súbitamente percibimos
el resplandor de lo ignorado,
sólo intuimos que esperanza
es un mundo detrás del llanto.
Han recorrido nuestros pies
un infinito tiempo árido
y sentimos ese sabor
de lo inútil en nuestros labios,
mas de repente comprendemos

que el corazón aun está ávido
y que nos brota de la sangre
el deseo como un diálogo.
Entonces vemos que teníamos
la vida nueva a nuestro lado.

Cuando vamos a comenzar
vemos, mirando hacia lo alto,
la luna, el tiempo, lo imposible,
cruzar de nuevo entre los álamos.

VI

(Naufragio)

EL mar en Santa Bárbara es un claro
mastín de espuma. Ladra entre las rocas
lame las finas manos de la arena,
va y viene por las conchas,
y a los lentos corderos de la tarde
hasta el redil del horizonte acosa.

Trae en los dientes algas. Juega
con viejos corchos, con maderas rotas.
Acaso son oscuros, pobres restos
de un naufragio remoto. Por las olas
viene en la triste tabla carcomida,
hecha frío despojo, una congoja
humana, un pulso a flote
de corazón cegado, una memoria
de vidas por un mar ya sin orilla
hacia un día que ya no tiene aurora.

Contemplamos el mar. Y nos miramos.
Tal vez aquí solloza,
en esas tablas, un amor, un sueño
que aún el olvido arrostra.

Y miramos el mar, cual si sintiéramos
que un oscuro naufragio nos convoca,
que olas de tiempo y soledad nos lanzan
contra arrecifes de tristeza, contra
mares de llanto sobre los que pasa
su helada mano un cielo sin memoria.

VII

(Atardecer)

RIBERA antigua. Pasas
como la tarde bajo el puente.
La tarde pone cobre, fuego súbito,
sobre la rosa de la piedra. Cede
la luz en el verdor hondo del agua.
En tus ojos la brasa de un sol breve.

Nos sonreímos porque el tiempo
nos ha puesto su cara alegre.
Desde el pretil dorado de esta tarde
que es como el sueño, nos parece.

—«No hay otros días como huellas,
no hay camino esperando enfrente.»
Nos miramos y nos callamos.
Alguien ha dicho lo que quieren
nuestros pechos. (Un áureo y mudo
pez en el río se sumerge.)

Caminamos. Ahora tenemos
la hermosura del sol que muere
entre las manos. (La ciudad
como un instante se estremece.)

Río. Ciudad. Declina
la tarde. Vamos lentamente.
Nos miramos y en el silencio
como en oscura cuenca vierte
su irremediable poso todo
lo que dejamos en el tiempo ausente.

—«Somos recuerdo.» Nos miramos
y nos callamos.
Alguien ha dicho lo que temen
tu corazón, mi corazón. (El río
apenas suena bajo el puente.)

VIII

(En el aire)

AZUL. Vemos pasar. ¿Angeles? ¿Plumas?
Nubes sencillas, leves, bajo el ala.
Lejos la rosa triste de la tierra
se abre a la luz de la mañana.

Todo puro, intocado, todo nuevo
como la aurora, como la esperanza.
Ya no es verdad aquella sombra injusta,
aquella incertidumbre, aquellas lágrimas.

Todo sencillo: estamos. Este peso
nuestro a la tierra inmóvil ya no grava.
Nos envuelve la luz únicamente;
bajo nosotros pasa.

Todo recuperado en un instante
como un golpe de sol. Los ojos se alzan.
Nos vemos estrenando la aventura.
Detrás no queda nada.

¿Todo será verdad? ¿Todo consigue
ser verdad sin palabras?
El corazón llevamos, casi mar,
dormido en la bonanza.

Pero no puede ser. La arena vuelve
a lastrarnos el alma.
Queremos escapar, pero en el pecho
llevamos siempre tierra de nostalgia.

IX

(El balcón. Manet)

MIRAS el tiempo silencioso
en el balcón. Un tiempo extraño
que se desliza vagamente
como una sombra entre las manos.
En un verdor remoto deja
fija la vida, el sueño estático
entre los cauces inviolables
y geométricos del marco.

El tiempo vuelve entre tus ojos
y estos ojos paralizados
que nos contemplan mudamente
desde el balcón remoto y alto.
¿Qué sueño antiguo ha detenido
la luz en estos rostros claros,
en estas dulces, armoniosas
figuras, estos trajes blancos?

Mueves estampas, libros. Vuelves
los ojos otra vez al cuadro.
Albumes, páginas, revistas,
viejas carpetas de grabados,
cajas, recuerdos, libros. Vuelves
los ojos otra vez al cuadro.

¿Quién nos contempla? ¿Qué transita
bajo este verde balcón, bajo
estas pupilas como luces
que nos están iluminando?

¿Qué tiempo miras? ¿Qué recuerdos
suben del pozo de los años,
desde las algas de ese fondo
donde reviven sueños, rastros?

Todo desfila, de repente,
bajo este verde balcón, bajo
estas pupilas. Ilusiones,
desesperanza, amor, fracasos,
ahora remotas alegrías,
ahora infantiles, breves llantos,
ahora la sombra de la madre,
niños nos vemos ahora, acaso.

Rápidamente retrocede
la vida, el tiempo remontamos
bajo la luz de estas pupilas
en el balcón remoto y alto.

Nos encontramos, de repente,
con una edad que no pasamos,
que se nos viene sin haberla
vivido nunca ahora a las manos,
que se nos echa sobre el alma
tierra que nunca hemos pisado,
y que nos suena en el recuerdo
la palabra que nunca hablamos.

El hondo tiempo transcurrido
nos regresa, nos hace extraños.
Nos sobrecoge. Todo suena
como a un otoño inacabado.

¿Seguiremos? ¿Hay otro tiempo
hacia la vida aún esperándonos?

Y nos miramos. Y volvemos
los ojos otra vez al cuadro.

X

(Tren de Otoño)

CRUZAN hacia el Otoño trenes de viento y som-
[bra.
A la vez los miramos pasar y vamos dentro,
como si a la vez fuéramos los chopos de la orilla
y la oscura madera de su errante esqueleto.

Algo nos enraiza en lo que fuimos
y algo huye siempre que también es nuestro.
Somos de vieja tierra inconmovible
y a la vez somos sombra hacia lo lejos.

Cruzamos estaciones en las que un sol glorioso
dora las altas copas y en los ojos destellos
enciende. En valles claros un agua enamorada
nos copia fugazmente en sus espejos.

Arboles conmovidos por el aura sonora
del amor, recubiertos de su claro misterio,
acaso lo mejor de nosotros se queda
en el paisaje, al borde de fluyentes recuerdos.

Mientras, arrebatado por un soplo de olvido
un nosotros que apenas si nos reconocemos
irremediablemente transita día a día
hacia el Otoño en largos trenes de sombra y viento.

XI

(La mirada)

ME subió de repente,
súbita tu mirada
como una ola de sombra
extrañamente clara.
(Venían por el mar
de la tarde las algas
del silencio vistiendo
las islas solitarias.)
Del fondo de unos ojos,
de una pupila extraña,
le sube al hombre a veces
la vida revelada.
Desde qué abismos llega
como una flor de agua.
Mirar así es dejarse
la vida toda anclada
en los ojos, acaso
mirar desde la infancia
remota. Muere el tiempo
en la pupila intacta,
y cual de sol herida
sobre la luz dorada
una ceniza flota
de tristeza y nostalgia.
No hay camino que lleve
a la verdad humana
mejor. Como en el día
primero se desgajan

las luces y las sombras
y el barro cobra alas.
No hay camino que lleve
mejor a la esperanza.
Aquí el hombre apacienta
su soledad y aguarda
que el milagro deshoje
sus espumas; presagia
que a las manos del mundo
puede volver la Gracia.

En el principio fué,
acaso, una mirada.

XII

(Vía muerta)

COMO trenes lejanos nos cruzan los recuerdos
en la noche, a través de los campos del alma.
Nos huyen. Los sentimos. El tiempo los conduce
a la remota oscuridad sonámbula.
Quedamos silenciosos, como estaciones solas,
frías en la desnuda madrugada.
Dios es a veces sólo el párpado amarillo
de esa única luz que no se apaga.

Sordos, en qué profundas vías muertas de olvido
los vagones del sueño se topan y se encallan
en la inmovilidad de la tiniebla
mientras la vida sigue silbando en la distancia.

Vías muertas de olvido, donde los guardagujas
del tiempo hunden la risa y la esperanza.
Raíles herrumbrosos por donde no es posible
transitar hacia el alba.

Oh tristes vías muertas
donde va la alegría condenada,
en las que descarrila definitivamente
aquel tren de juguete de la infancia.

y XIII

(Elegía)

ES como levantarte con los ojos,
con las húmedas alas de los ojos,
al imborrable cielo del recuerdo.
Pasan nubes oscuras, tristes pájaros.
Lentamente tu nombre, al fin, se queda
solo, desnudo, inmóvil, imposible,
como estrella varada.

Y nombrarte es dolor. Reconocerte
después de cada tarde, como el sueño,
es el dolor diario. Cruzo absorto
calles hacia la angustia de la nada,
entro en casas desnudas,
hablo a seres extraños, torpemente.

Reconocerte es triste como es triste
siempre identificarnos lo más nuestro
inútilmente cerca, naufragando
en la luz impiadosa de los días.
Entramos y salimos de nosotros
abandonando siempre lo que somos,
esa sola verdad que nos habita,
apaleado perro en las veredas
por las que transitamos sordamente.

Sentirte cerca duele, como duele
siempre palpar la herida que no cura.
Sentirte en lenta huída hacia la tarde
con un dolor solar sobre los párpados.

Veo a veces tu cuerpo como un río,
como un río pasando mudamente
el puente de mis años, por mi pecho.
Y en un heroico cielo, siempre inmóvil,
sólo tu nombre, herido de memoria.

En esta soledad me estoy poblando,
haciéndome de bosque y fronda hirviente.

(Una renunciación acaso sea
más que segar la pretendida rosa
brotar oscuros árboles de sueño.)

La

Colección Neblí

ha publicado

Canciones, de Ramón de Garcíasol

Variación, de Gerardo Diego

Quedan señales, de Angel Crespo
(Agotado)

Hombre triste, de Rafael Millán

Tierra de nadie, de Manuel Pinillos

Navidad, de Antonio Murciano

Elegía en Otoño, de Leopoldo de Luis

Precio del ejemplar: 5 ptas.

Pedidos, a

RAFAEL MILLÁN

José Antonio, 15 (Carabanchel Bajo)

MADRID

CINCO PESETAS